

LA DERECHA EN EUROPA

EN toda Europa se está advirtiendo una inclinación en favor de las derechas moderadas, e incluso de algunas menos moderadas. Es un movimiento de retracción que, al mismo tiempo que corresponde a la situación general de crisis, refleja las preocupaciones por los acontecimientos internacionales. La derecha explota intensamente los acontecimientos de Portugal —los reales y los que imagina o recompone— y la derrota de los que llama —impropiamente— demócratas en Indochina, para dibujar la idea de que las «democracias» son entreguistas y abren toda clase de posibilidades a la revolución. Se puede tomar, como muestra, el discurso de Ronald Reagan en Londres el 7 de abril. Ronald Reagan representa una derecha extrema dentro del Partido Republicano de los Estados Unidos: opta a la candidatura presidencial para 1976 por ese partido y en otro caso favorece la idea de crear un «tercer partido». No hay que subestimar sus posibilidades. En los Estados Unidos hay una importante corriente de pensamiento derechista, que se agudiza —como es habitual— sobre los fracasos gubernamentales. Ronald Reagan ha descrito en Londres la situación de Europa como la más grave desde la creación de la OTAN en 1949. La base es «el dominio comunista en Portugal», que altera «sustancialmente» el mapa político de Europa, y «Rusia ha roto el sólido frente de la tradición política en Europa occidental»: la lucha fratricida entre dos naciones de la OTAN —Grecia y Turquía— y las alianzas «de facto» de la Unión Soviética con países de la costa africana del Mediterráneo, de forma que «está minado todo el flanco Sur de la OTAN. Si Europa se desprende de su flanco Sur, quedaría limitada al Norte y sería vulnerable a la presión soviética, facilitada por las actuales tendencias a reducir el esfuerzo militar».

ESTA opinión de Reagan está bastante extendida en Europa. En España tenemos un amplio muestrario, con toda clase de matices. No aparece solamente en la extrema derecha, sino en la que se considera moderada. Incluso parece encontrarse muy activa en los círculos gubernamentales, si bien éstos se expresan muy escasamente y dentro de su laconismo habitual, sobre todo en cuanto se refiere a política internacional con el deseo de no herir a países con los que tienen relaciones. Pero las repetidas alarmas sobre el resucitado término de «subversión», con su correspondencia ecológica interior-exterior muestran muy bien cuáles son sus preocupaciones. Algunos comentaristas políticos indican que «la posición española respecto a la OTAN podría haberse variado en las últimas horas» (Gómez Escorial en «Pueblo», 9 de abril de 1975). Podría ser fruto del cambio de algunos países europeos respecto a España, muy visiblemente en relación con los temores a la defección de Portugal (y no tanto a que Portugal se retire de la Alianza, sino al deseo de expulsarlo o de congelar su presencia por miedo a una supuesta traición). Se dice (la misma fuente) que «comienza a haber en España "altos" partidarios» del ingreso en la Alianza Atlántica. Es de suponer que una decisión tan grave y tan costosa no se haría sin mediar, por lo menos, un referéndum, ya que no otra mejor forma de debatir el caso y contar con la opinión pública.

LA idea de reforzar la OTAN brota, sobre todo, de los propios Estados Unidos. Puede plantearse y decidirse en la próxima reunión de este organismo, que es la habitual de primavera, para los días 29 y 30 de mayo. Ya ha brotado de un país europeo, Gran Bretaña —por su ministro de Asuntos Exteriores, Callahan—, la idea de que esta reunión se salga de su cauce y de su nivel habitual —el de ministros del Exterior— y se celebre al de jefes de Gobierno y de Estado: Ford entre ellos. Es habitual que los puntos de vista de los Estados Unidos los presente en Europa la Gran Bretaña, podría imagi-

narse que la idea del viaje de Ford a Europa haya procedido del binomio Ford-Kissinger. En su actual bancarrota internacional, una de las salidas que estudian es la de penetrar más en Europa. La Casa Blanca ha dicho únicamente que está «completamente de acuerdo en la necesidad de un encuentro, pero no está decidido aún acerca de la fecha y la ocasión». Esta «cumbre» prepararía la otra, la de la conferencia de seguridad y cooperación en Europa, que debería celebrarse —el 30 de junio— en Helsinki. El nuevo derechismo o nuevo conservadurismo podría perjudicar esa larga y vaga conferencia.

ESTE es uno de los temores de la URSS en la actualidad. La URSS parece y es la nación menos interesada en una aparición de comunismos en el Sur de Europa. Los mismos partidos comunistas de esos países procuran dar continuas pruebas de que no piensan tomar el poder: muy especialmente el italiano —el francés es ahora más combativo— y, sobre todo, el portugués, que trata continuamente de dar idea e imagen de que lo que se pretende es una democracia pluripartidista, que de lo que se trata es de evitar el regreso al régimen anterior, y que contiene continuamente las huelgas. No es, naturalmente, que el Partido Comunista no desee tomar el poder, sino que sabe cuáles son las amenazas que penden sobre ese deseo, y que está en la línea de los partidos comunistas occidentales. Una de las opiniones más recientes en esta sentido es la del jefe del Gobierno —y del Partido Socialista— de Austria, Bruno Kreisky. «La Unión Soviética —sería el resumen de sus palabras— es consciente de la amenaza planteada, aun a sus propios intereses, una amenaza a la "détente", y a las esperanzas soviéticas de importar más bienes y más tecnología de occidente». Según Kreisky, si Portugal se hiciera comunista, «tal movimiento dispararía un ataque conservador, fruto del pánico, contra los socialdemócratas en países como España, Grecia, Italia, Francia, Alemania occidental y Austria». Quizá este pánico se haya desatado ya en algunos de los países más sensibles (el nuevo Gobierno derechista de Turquía: ver TRIUNFO, número anterior); la acción represiva del Gobierno francés llevada a cabo por el ministro del Interior, Poniatowski, aunque en muchos sectores, en muchos países, el movimiento de reacción lleve a conclusiones contrarias: que un régimen democrático abierto, pluripartidista, puede ser la mejor defensa actual de los propios intereses conservadores, al alejar los riesgos de revoluciones. Kreisky estima que la reacción de la derecha podría «agravar y prolongar la paralización económica en Europa y causar un empeoramiento en el paro obrero», lo que para él supone el principal peligro para la Europa —y para el mundo occidental— de hoy. (Declaraciones de Kreisky a Leonard Silk, publicadas en el «New York Times», 3-IV-75).



La idea de reforzar la OTAN brota, sobre todo, de los propios Estados Unidos.



UNO de los efectos más contraproducentes de esta situación en Europa es el retraso —nuevo retraso, que se amontona sobre otros— de las institucionalizaciones de la unidad. Se trata de una paradoja: cuanto más se trate de reforzar la Alianza Atlántica, más se retrasan las instituciones parlamentarias y democráticas intercontinentales. Esto obedece a que la OTAN es, sobre todo, una institución de los Estados Unidos, y Europa occidental sólo puede encontrar su unidad real alejándose de su dependencia de los Estados Unidos, o quedando equidistante —en cuanto a influencias— de Estados Unidos como de la URSS. Lo cual hoy parece muy lejano, y lo será menos si Ford en Bruselas consigue dictar una nueva forma de alianza a la OTAN para compensar así los problemas sufridos en Asia y la debilidad de su frente en el oriente árabe. Cierto que en los Estados Unidos aparecen, contra la doctrina reinante —la de Kissinger— opiniones aislacionistas, como la de un grupo de representantes que piden que se haga en Europa una alianza militar sin los Estados Unidos (ver TRIUNFO, número anterior), pero paralela a ellos. Finalmente, equivaldría a lo mismo. La serie de agresiones contra la idea de la unidad de Europa, a partir del argumento esencial conservador (el de que Europa sin las armas de los Estados Unidos caería pronto en el comunismo, bien por la acción directa de la URSS, bien por una serie de revoluciones interiores) está fortaleciendo, a su vez, los nacionalismos. Indochina e Israel aumentan el temor de una idea que expresó muy claramente el general De Gaulle cuando explicaba su decisión de retirarse de la OTAN y de mantener su arma nuclear propia: la de la suerte nefasta que corren los aliados de Estados Unidos cuando éstos deciden no gastarse más en su ayuda. La imagen del Presidente Ford huyendo y bromeando con los periodistas a propósito de la suerte del Vietnam del Sur, ampliamente publicada precisamente por la prensa más conservadora del continente —en España apareció simultáneamente en las portadas de «ABC», «Arriba» y «Ya», en estos dos últimos con pies duramente críticos— ha erizado más de una cabellera de derechas.

EN esta ruptura de nacionalismos, tres de los principales países europeos aparecen como divergentes. Francia sigue cultivando la posibilidad de su aislamiento militar, gracias a su «tercer puesto» —según Giscard— entre las potencias atómicas; Gran Bretaña se inclina, como es tradicional —sean laboristas o conservadores sus dirigentes, y sea quien sea quien dirija los Estados Unidos— hacia Washington. Alemania occidental piensa en la creación de una red de defensa propiamente europea, y la visita del ministro de Asuntos Exteriores federal a Madrid tenía, según los periódicos alemanes occidentales y algunos términos del comunicado, mucho que ver con la defensa común (la RFA tiene bases en Portugal; teme por ellas y no quisiera perder su asentamiento en la zona, de una u otra manera).

ESTA reacción del derechismo europeo frente a las nuevas circunstancias, incluyendo en éstas desde la inflación y la escasez hasta la nueva agresividad de los Estados Unidos y sus derrotas militar-políticas, ha producido ya numerosos retrasos en las iniciativas de apertura democrática surgidas de las propias derechas moderadas. El reformismo de Giscard, el de una derecha que hacia suyas algunas tesis de la izquierda, aparece totalmente dominado por la política policiada de Pomiatowski; Willy Brandt, al que está personalmente ligado el término de apertura —hacia el Este—, cayó para ser sustituido por el derechista Schmit, dentro de su partido, y aun ahora la balanza política se inclina cada vez más hacia un extremista de la derecha como es Strauss. El laborismo de Wilson está paralizado. En Italia se retrasan todas las fórmulas que apuntan hacia la izquierda, aun pagándolo con un inmovilismo que causa graves deterioros en la situación económica y en la propia sociedad del país... No es preciso señalar cuál es el estado de la cuestión en España, donde los pasos adelante y los pasos atrás no sólo se suceden, sino que se simultanean cada día, con el resultado de la confusión. ■

VIETNAM

LAS MEDIDAS INUTILES

El Presidente Ford ha iniciado dos acciones sobre Vietnam: una amenaza directa a Hanoi, una solicitud al Congreso de créditos urgentes por casi mil millones de dólares (una cuarta parte para ayuda a las víctimas civiles, tres cuartas partes para envío de armas). Las dos acciones tienen escaso valor práctico, y son más bien una cobertura de la política de la Casa Blanca, cuando se está acusando a la Presidencia de no cumplir ciertas cláusulas secretas que habría en los acuerdos de Paz de París. Ha sido el belicoso senador demócrata Jackson (aspirante a la Presidencia, posible jefe de unos Estados Unidos fascistizados) el que lanzó el ataque: «He sido informado de que existe entre el gobierno de los Estados Unidos y el de Vietnam del Sur de acuerdos secretos que prevén acciones americanas decisivas, cuya existencia nunca ha sido revelada». En estas cláusulas secretas se habría prometido a Saigón una «reacción vigorosa» en el caso de que se violase el alto el fuego. Pero lo que prometió Nixon no lo puede cumplir Ford: la War Power Act votada por el Congreso impide al Presidente utilizar las fuerzas armadas en el exterior sin permiso del Congreso. Quizá por eso la nota de Washington a Hanoi pidiendo que detenga su ofensiva "o, en el caso contrario, se atenga a las consecuencias", no explica cuáles son esas consecuencias ni puede amenazar con el reenvío de tropas o de aviones de bombardeo. Hanoi puede contestar que la ofensiva no es suya, sino del gobierno provisional revolucionario de Vietnam del Sur, y que además es, más que una ofensiva, un desplome de las defensas del ejército de Saigón, y que incluso éste ha violado reiterada y repetidamente los acuerdos de París.

La petición de fondos al Congreso tiene la misma inoperancia. Puede contarse con alguna seguridad que el Congreso no va a votar el envío de armas, entre, otras cosas, porque existe la convicción de que el desplome de los frentes no depende de una cuestión de material de guerra: podría ocurrir que los 250 millones de dólares (o parte de ellos) para ayuda civil fueron votados, mientras los 722 para armas fuesen denegados.

Lo que pretende Ford es, en el primer caso, culpar del desastre de Vietnam a los interlocutores en la conferencia de París, acusarles de violación del tratado; en el segundo caso, desviar las acusaciones contra el instrumento democrático del país, la Cámara de Representantes y el Senado, por su oposición a las aventuras ultraoceanicas y por no dar más dinero. Que únicamente ha servido para la corrupción y el negocio de los dirigentes de Vietnam, que desde fecha muy antigua saben que su existencia tiene un plazo.

Una tercera iniciativa de Ford, la de un desembarco de «marines» en Vietnam para proteger y evacuar las personas americanas y los aliados comprometidos en aquella zona, para lo que ya están apercibidas las unidades navales y la tropa, puede tener unas consecuencias funestas: las de un encuentro con las tropas nacionalistas o con sus bombas. Quizá Ford esté preparando un «casus belli» con el que forzar al Congreso a tomar posiciones y con el que respaldarse ante su sociedad y la de sus aliados. De sobra se sabe que tampoco constituiría una solución de la guerra, y que en cambio dificultaría hasta el riesgo máximo las relaciones internacionales.



Helicópteros sudvietnamitas descargan municiones cerca de Xuan Loc.